www.elboomeran.com

Vicente Molina Foix
y Luis Cremades

El invitado amargo

EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «E de Escalera», pintura al óleo de Roberto González Fernández

Primera edición: enero 2014

© Luis Cremades, 2014

© Vicente Molina Foix, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9770-8
Depósito Legal: B. 80-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

© Antonio Marcos

© V. M. F.

Primera parte

1. Vicente

En mitad de la noche del 30 de diciembre de 1978 sonó el teléfono en el dormitorio. Yo dormía abrazado a M., sosteniendo su cuerpo sin ropa, y al quitarle mis manos para responder a la llamada M. se despertó. Levanté el supletorio en forma de góndola que estaba sobre la mesilla art déco, aquella noche conectado por si llegaba desde Alicante la llamada que temía. La palabra áspera y poco detallada de Rafael, el marido de mi hermana, me dio a entender, sin decir la palabra muerte, que papá había muerto. Antes de dar fin a la breve conversación telefónica, M., que no me había oído hablar más que de aviones y horarios, se puso a llorar a mi lado. Lloraba con más lágrimas que yo.

Pasé la noche de San Silvestre velando el cuerpo de mi padre, una estructura sólida y grande que a finales de agosto de ese mismo año yo había visto dar largas caminatas por la orilla y nadar vigorosamente en las aguas de la playa de San Juan, y a primeros de diciembre, cuando regresé de Oxford, encontré postrada en un sillón del mirador de la casa familiar, sosteniendo la cabeza de un anciano absorto, sumido, demacrado. Mientras mamá nos miraba desde la antesala, intentando una sonrisa plácida que no escondía el rictus de su propia agonía, me incliné sobre él, se dejó dar

mi abrazo sin cambiar de postura en el sillón, pero al ir a besarle en las mejillas, tres meses antes encarnadas y aquel día de invierno pegadas al hueso y lívidas, apartó la cara, como si sintiera vergüenza de presentarse con la estampa de hombre acabado ante el único hijo que no había seguido su fulminante declive desde que en octubre se le detectase un cáncer de pulmón con metástasis. Nunca había estado enfermo, había dejado de fumar a los cincuenta años, se había jubilado en plena forma, y ahora, con setenta y dos años recién cumplidos, yacía en la morgue del sanatorio Vistahermosa de Alicante. Por los alrededores del edificio, incluso en la cafetería del establecimiento, sonaba el estallido de los «benjamines» y se oían cánticos de fiesta de quienes, sin tener muertos que velar, transitaban la calle y la carretera cercana o se tomaban las uvas en compañía de sus enfermos con curación.

M. era la hija de un formidable muralista republicano, exiliado largo tiempo en Latinoamérica y pintor allí al servicio del dictador Trujillo, a la que yo amaba de un modo inesperado, incierto en su continuidad y por ello quizá más frenético. Nos habíamos conocido seis meses antes, al principio del verano de 1978, ella saliendo de una historia de amor con un hombre casado de gran renombre que le doblaba en años, y yo viviendo en un lánguido compañerismo la prolongación de un amorío con Andy, un muchacho del norte de Inglaterra que trabajaba de recepcionista en un salón de belleza de Mayfair. Llegado a Madrid a primeros de junio para las vacaciones de verano, que en Oxford, por la altivez de su calendario lectivo, empiezan antes y acaban después que en el resto de las universidades británicas, la conocí dentro de un grupo de amigos escritores poco más o menos en la treintena (Fernando Savater, Eduardo Calvo, Javier Marías, Luis Antonio de Villena, Ángel González García), que frecuentaban el café-bar Dickens y cortejaban,

más como ideas platónicas que como ligues factibles, a un hermoso frente de juventudes también asiduo del falso bar inglés. Y allí estaba María, María Vela-Zanetti, su hermano Pepe, Isabel Oliart, Pablo García Arenal, hijos todos de ilustres progenitores afines a la Institución Libre de Enseñanza, dejándose caer también por la terraza del Dickens, con menos frecuencia, los hermanos Íñigo y Javier Ramírez de Haro, guapos y nobles de cuna. María y yo nos amamos cuatro trimestres de Oxford, contando el de verano, que al contrario que los otros tres no lleva nombre. Yo tenía al conocerla treinta y dos años y ella veintitrés, una diferencia de edad muy reducida en comparación con la que la separaba de sus dos novios anteriores.

En las noches de aquel verano con María el teléfono empezó a sonar de madrugada. La primera vez estábamos aún despiertos y ella se asustó, como si la llamada, interrumpida al tercer timbrazo, fuese la contraseña de una advertencia. Sonó de nuevo al cabo de unos minutos, y descolgué enseguida preguntando quién era; al otro lado de la línea se oyó un silencio, antes de colgar. Las llamadas se hicieron regulares, aunque espaciadas; los fines de semana no había, y María sabía por qué.

María vino a Oxford a pasar unos días conmigo en el primer trimestre del curso 1978-79, el Michaelmas Term, causando revuelo entre los españoles adscritos a St. Antony's, donde yo, miembro del college por concesión de su *warden* Raymond Carr, solía almorzar los días de semana. La sensación primera la producían sin duda la belleza y el genio ocurrente de María; a continuación afloraba la sorpresa de mi irrupción en tan rutilante compañía femenina. Un colega inglés del departamento de Hispánicas, con el que había yo coincidido un par de veces en el único pub de *ambiente* de la ciudad universitaria, nos vio pasar abrazados cerca de la Biblioteca Bodleiana y me hizo un guiño de

sobrentendido que tal vez incluía la congratulación por la calidad de la estratagema.

Efectos similares tuvo María cuando llegó a Alicante el primer día del año para acompañarme en el entierro de mi padre. Se hospedó en el hoy inexistente Hotel Palas, que ella asoció con regocijo a la diosa Atenea, hasta que le expliqué que se trataba del antiguo Palace rebajado de su afrancesamiento en la etapa «espagnolisante» del nomenclátor franquista. Era entonces ya un hotel decadente, pese a lo cual no fui bien mirado al entrar de noche camino de la habitación de María; la señorita había solicitado una habitación individual, me dijeron en recepción al salir.

Su presentación familiar en una circunstancia tan íntima sirvió posiblemente de escaparatismo escapista de mi anterior carencia de novias. Creo que el alivio, no exento de una cierta suspicacia, fue mayor para mi hermana que para mi madre, muy satisfecha (hasta el fin de sus días) de ver a su hijo pequeño como al eterno soltero que no le traería nunca a casa una nuera pasada por los altares. María volvió a Madrid después del funeral, y yo me quedé dos días más en Alicante, ocupado en trámites testamentarios, alguno de ellos lacerantemente sórdido.

En los días de enero que pasamos juntos en Madrid, antes de mi regreso a Oxford para iniciar el Hilary Term, María me ayudó a superar el desconcierto, en esa primera fase más acusado que el sufrimiento. Pero ella, con la delicada inseguridad que era un rasgo de su carácter, se puso en duda como consuelo: «Vicente, a veces me pregunto si te gustaría hablarme o escribirme de lo que piensas o sientes por la muerte de tu padre [...] Fue todo tan brutal que muchas veces me sorprendo a mí misma tratando de imaginarte en esta terrible noche del 31. No sé si empezaste a contármelo y yo me puse a llorar. No me acuerdo; lloré demasiado este último mes [...] Me aterra intuir un cierto

desamparo en el que te he dejado por pudor; nunca me atreví casi a hablar de ello. Eres tan contradictorio: las ocasiones en que estás pidiendo solamente que te mimen un poco, pero te cuesta tanto reconocerlo. A lo mejor no tienes una necesidad real de ello.»

He confiado siempre, desde que empecé a practicarlo, en el vínculo que crea la correspondencia escrita. Mi padre, decía mi madre, era un artista en la materia; en cierta ocasión ablandó con una carta a un hueso, el catedrático de Resistencia de Materiales de la Escuela de Ingenieros de Caminos, que había rechazado con excesiva severidad un elaborado trabajo de fin de curso presentado por mi hermano una hora fuera de plazo, y desde entonces la «carteta» de papá (el valenciano surgía en casa en los momentos efusivos) era un modelo apodíctico dentro de nuestra familia. María me quería más al natural que por escrito; su fe no traspasaba los mares. En esa misma carta de febrero de 1979 de la que he citado un párrafo escribía que la lejanía entre Madrid y Oxford, que yo llevaba con más templanza, a ella le producía ansiedad, sobre todo cuando de noche, después de cenar fuera o ir a un cine, sufría la sensación de «vuelta a casa» sola.

Mientras tanto, me dolía el estómago desde buena mañana, tanto los días de clase como los de descanso, y en ayunas el dolor era como una tenaza que amenazaba con estrangular el duodeno: a mí, que había heredado de mi madre un apetito voraz y un aparato digestivo capacitado para triturar los platos más densos de la cocina española. Los dolores no cesaban, y el médico fue categórico tras la primera consulta y los primeros análisis en el hospital de la universidad. Tenía abierta una úlcera, y en el origen de esa lesión estaba, al doctor no le cabía duda, la herida psicosomática de la pérdida paterna que le conté al hacer el historial.

María, por su parte, añadía a las incertidumbres de la distancia los celos, no de una persona concreta (inexistente),

sino de esa zona mía que, aun conociéndola desde el principio, le resultaba opaca y en la que no podía esgrimir su gran poder de seducción. Tampoco me ocultaba que tenía en Madrid un pretendiente tenaz al que yo conocía superficialmente. «Advierto que no estás dispuesto a compartir más que lo superfluo, aunque, para qué negarlo, es lo más agradable.» Conservo cartas suyas bellas y fieras, pero María prefería la rapidez del teléfono; no me encontraba a veces, estando yo en el momento de su llamada en la estación de Paddington o haciendo trasbordo en los andenes de Reading, situados enfrente de la cárcel. Mis clases eran muy llevaderas y pocas, y solía pasar al menos dos días a la semana en Londres, a cincuenta minutos de Oxford. Impacientada por mi condición de fantasma itinerante, María me colgaba el teléfono después de algún reproche que yo había encajado agriamente.

Esa necesidad de ver y tener al ser amado que la fe amorosa no suple María la expresaba con maravillosa contradicción en una carta que, leída ahora, tiene todo el sentido de un final. «La distancia te convierte en un horario de tren del que vivo, muy a mi pesar, pendiente. No sé si me explico: quiero aburrirme de verte; que estés aquí para que deje de tener importancia tu presencia y la tenga todo lo demás.» Mi úlcera sangrante se curó pasada la primavera, pero en algún momento del mes de mayo María decidió que lo más sano era cortar conmigo y unirse al pretendiente recalcitrante, con el que hoy sigue, para satisfacción de todos.

Con el fin del curso 1978-79 y del Trinity Term acababa mi contrato con la Universidad de Oxford, mi residencia en el país al que llegué en verano de 1971 con la insensata idea de aprender la lengua inglesa en tres meses, quedándome en él por pundonor ocho años, y también mis languideces con el joven recepcionista del salón de belleza de Mayfair.

En octubre de 1976, iniciado mi primer trimestre en Oxford, había cumplido treinta años, y eso me produjo una angustia que sólo mitigó en parte el engranaje de la prosopopeya oxoniense, tan bien contada en sus novelas por Javier Marías, sucesor en ese mismo puesto años después. Entre *high tables,* comitivas formales por los *quadrangles,* exámenes con atavío académico y *encaenias* honoríficas a fin de curso, pasé muy distraído aquel primer año de luto por mi juventud, que estaba seguro de que había tocado a su fin en el cambio del desaforado número 2 al riguroso 3 de la madurez. ¿Quién iba a ligar, y menos aún querer a semejante estafermo? Mis exequias tuvieron en Londres dos o tres alegrías de una noche gracias a los asiduos, sobre todo australianos, de un club gay (la palabra acababa de adoptar su doble sentido americano en Gran Bretaña) llamado Napoleon, «Neipólion», según lo decían ellos. Pero el mayor indicio de que tal vez mi juventud no estuviera del todo perdida fueron esos diez meses de María. Su irremediable final y poco después mi regreso a España después de casi nueve años ingleses sirvieron de detonante de un nuevo sistema de vida cuya ordenanza me daba recelo.

Es un tiempo del que no tengo muchas reminiscencias, más allá del sentimiento de reocupación de un territorio, de recuperación cotidiana y no por carta de los amigos íntimos, de los viajes frecuentes a Alicante, donde mi madre desconsoladamente viuda me recibía con alborozos de doncella. Nada más recuerdo del periodo que va desde el verano de 1979 al primer trimestre, ya sin advocación docente, de 1981. Quizá porque mi memoria, que es materialista como mi propia alma, sólo se adhiere a las personas que ocupan cada tiempo, y en esos dieciocho meses, felices supongo en una España que reencontraba recién repuesta de la larga tiranía facciosa, ninguna persona me ligó a la realidad.

Uno de los amigos con quien reanudé el trato frecuen-

te era Luis Antonio de Villena, por quien, como él y yo hemos evocado jocosamente más de una vez, sentí una viva antipatía (correspondida) al conocernos de lejos en el mundillo literario madrileño, hasta que, por mediación benéfica de Vicente Aleixandre, descubrimos afinidades y sintonías que, tras un periodo de apagón en el inicio del siglo XXI, siguen hoy calurosas. Fue Luis Antonio, que siempre ha cultivado un *pool* de alevines, quien una noche de finales de abril de 1981 me presentó, después de haberme hablado de él con ánimo casamentero, a Luis Cremades, joven alicantino que quería ser poeta y estudiaba primero de sociología en la Complutense. Luis me gustó mucho aquella primera vez; guapo, inteligente, dotado de humor, aunque con una peculiaridad física que suele contrariarme. Que fuera alicantino me resultaba por lo demás muy acogedor: un atavismo con la ciudad donde crecí, entre los cinco y los dieciséis años, y donde cometí los primeros actos impuros con representantes de mi sexo.

La contrariedad física de Luis era su estatura, menor de lo que, a lo largo de una vida ya extensa, he podido establecer como una invariante impremeditada en el hecho de sentirme atraído instintivamente; nada por debajo del metro ochenta suele despertar el fulminante alzado de ojos que comparto en situaciones lúbricas con los perros y sus orejas erguidas. Pero Luis tenía, por el contrario, sin salir aún del cómputo físico anterior a cualquier contacto íntimo, dos cosas que me pirran: cuello y gafas. No todo el mundo valora ese tronco que une trascendentalmente el cuerpo con la cabeza. Hace años que no veo a Luis, y me pregunto por la actualidad de su cuello, que entonces, las fotos de los primeros años ochenta lo muestran, era esbelto y alto, con un modo dórico de encajar en el capitel de su rostro.

Mi encomio de sus gafas no tenía mérito, pues soy un incondicional de esos artilugios, que encuentro que le sien-

tan bien a todo el mundo excepto a mí; llevé gafas desde cuarto de bachillerato, primero unas gafitas tenues de varillaje mondo, cambiadas al llegar a Madrid para estudiar la carrera por unos armatostes cuadrados de pasta negra, posiblemente debidos a la estética pop; en la mili, con el sanguinario humor de la soldadesca, me ganaron el apodo de «el Televisores». Vuelto a la vida civil me pasé, ya para siempre, a las lentillas, reservando las gafas para el recogimiento y las mañanas en que has madrugado y has de salir de casa precipitadamente. La puesta de la lentilla, incluso hoy, con cuarenta años de experiencia, me pide parsimonia.

Pocos días después de aquella cena propiciada por Luis Antonio, el día 7, quedamos ya a solas Luis y yo, no recuerdo en qué sitio ni con qué excusa, si es que la hubo. Yo quería verle, y debí de ser el que llamó primero a su colegio mayor, un *ritornello* telefónico en mi vida sentimental. Acababa él de cumplir, el 1 de mayo, diecinueve años.

Esa noche la pasamos juntos en mi casa. El cuello griego, las gafas depositadas antes de pasar a la acción sobre la mesilla art déco, el cabello largo. Ahora que lo tocaba calibraba yo, que he sufrido de un mal pelo, ralo y rizoso, desde la adolescencia, lo abundante y recio que él lo tenía.

1. Luis

Era febrero, 1981. Hacía menos de seis meses que vivía en Madrid. Había llegado a la facultad de Sociología desde Alicante, sin saber bien por qué, tras muchas indecisiones. El curso anterior había pasado del entorno seguro del colegio de los jesuitas a un instituto público recién abierto. Necesitaba un poco de caos alrededor, pensaba, para valerme por mí mismo. Los últimos meses en Alicante fueron especialmente intensos: había aprendido mecanografía, me había presentado por libre a los exámenes de tres cursos de inglés en la Escuela Oficial de Idiomas, había aprobado la selectividad, el examen para el carnet de conducir, había tenido mi primer trabajo en la taquilla de un aparcamiento de coches... Y con parte de ese dinero había hecho un viaje en barco, con la vieja Mobilette, a Mallorca y Menorca. Había estado en Ibiza y Formentera los veranos anteriores. Era la despedida de un mundo feliz, tal como se entiende en esta costa mediterránea. Después, ya en septiembre, había ido a Madrid a buscar alojamiento. Era tarde. No quedaban plazas en los colegios mayores, caminé al azar de puerta en puerta por la ciudad universitaria, me equivoqué varias veces y provoqué alguna situación cómica involuntaria pidiendo plaza en un colegio para posgraduados, donde me hi-

cieron la entrevista de admisión completa por divertirse, dejando para el final la cuestión –obvia– de la edad. Casi por azar encontré plaza en uno de los colegios adscritos a la Universidad Complutense, junto al Parque del Oeste, algo alejado de la ciudad, pero que permitía ir caminando hasta la facultad de entonces incluso en los días fríos. Pasados los días de las novatadas, propias de un pueblo tribal disfrazado de nación y fuertemente clasista, como lo es todavía; pasados los días de que te encierren en el altillo de un armario o te arrastren a una ducha fría, de las humillaciones y de los juegos de autoridad, del «porque quiero» y «porque me sale», busqué alguna actividad que pudiera hacer en el colegio. No recuerdo bien cómo, acabé de responsable de la sala de música clásica. La colección de discos era impresionante comparada con la que había dejado en casa, y ese encargo suponía una oportunidad para explorarlos.

Aquella tarde de febrero salí a comprar un plato nuevo para los vinilos de la sala de música. Me dijeron que fuera a la calle Barquillo y me perdí un rato en los escaparates de lo que llaman «la calle del sonido». Parecía funcionar como un gremio medieval, con precios similares y poca competencia. Se trataba de encontrar algo razonable, alguna oferta de un modelo suficientemente sólido para las manos de los estudiantes de un colegio mayor. Al salir, con la caja de cartón de aquel plato Lenco precintada entre los brazos, se oyó un estruendo en los altavoces de la tienda. Pensé que habían subido el volumen en todos por error, que se había producido alguna interferencia... Cogí un taxi.

–Vamos al colegio mayor Diego de Covarrubias.

–¿Sabe? Parece que han entrado terroristas en el Congreso... Acaba de llegar la Guardia Civil.

El resto del viaje lo hice en silencio. Al llegar al colegio dejé la caja con el plato sin abrir en la sala. Apenas había nadie en los pasillos. Ya era noche cerrada. Sentí un extraño

desasosiego, como si el esfuerzo del último año no tuviera sentido. Decidí pasar la noche en casa de un amigo recién conocido, en una de las calles del Rastro de Madrid... A esas alturas ya sabía que el Congreso había sido asaltado, que los terroristas eran la misma Guardia Civil, que el estruendo en los altavoces al salir de la tienda habían sido disparos de metralleta, que había tanques en las calles de Valencia, que lo más probable sería un estado de excepción y un gobierno militar. Prefería no estar localizable. Yo no era nadie, pero estudiar sociología, llevar el pelo largo, escribir versos con una fuerte carga estética me hacían sentirme vulnerable en un colegio firmemente asentado en los valores de la virilidad nacional y católica.

Aquel apartamento era un bajo en la calle Peña de Francia, Javier me recibió silencioso, con aire preocupado. Nos habíamos conocido un par de semanas antes, en un encuentro para crear una plataforma gay universitaria. Era cinco o seis años mayor que yo, empleado de banca, estudiaba filología por las tardes. Me había parecido valiente y fresco, es decir, dispuesto a dar la cara y con sentido del humor. Dos rasgos que todavía considero signos de valía. No hablamos mucho, esperábamos noticias. La radio y la televisión estaban puestas. Pensaba si debía cortarme el pelo, cambiar de facultad, estudiar derecho, volver a Alicante; si debería vivir siendo otro, fingiendo, confesando quién era sólo en secreto... Varias vidas posibles fueron desfilando aquella noche de incertidumbre. No dependía de mí, quizá debiera empezar de nuevo.

Las aguas volvieron a su cauce y las pasiones nacionales parecían haberse dormido, aunque en realidad no dejaran de echar sus raíces bajo formas nuevas más aceptables, amables y dicharacheras... El jefe español no tiene ideología; es un tipo encantador, agradable, que disfruta con la sumisión, la propia con sus jefes y la del resto para con él. Fuera de un

generoso paternalismo, cualquier otra opción parece irracional. La mañana siguiente estuve de paseo por el centro; no llegué a las puertas del Congreso. Hacia mediodía ya se podía hablar. En las calles se respiraba más abiertamente, volvía la normalidad y regresé al colegio.

Un solitario como yo se entretenía haciendo apuestas consigo mismo, como retos. Tenía ganas de saber cómo era el mundo gay. Hacía no tantos años pensaba que yo sería el único heredero sobre la tierra de una vieja costumbre griega. Poco después, leyendo libros sobre marginación o la ley de peligrosidad y rehabilitación social –mi padre estaba satisfecho de que me ilustrase sobre cómo remediar estos comportamientos degradantes en un esfuerzo para mantenerme dentro de la ley–, me di cuenta de que había otros compañeros de «estigma». Aunque las cosas no les fueran del todo bien. Después llegó la poesía de Cernuda, las películas de Visconti o Pasolini... Empezaba a tener la impresión de que había un lenguaje oculto, hecho de miradas y sobrentendidos, que permitía a una parte de la tribu entenderse más allá de los ritos de apareamiento. Pero no podía poner en peligro los estudios. Si aprobaba en febrero, me «daría permiso» para salir y explorar la ciudad subterránea.

En Alicante había asistido a un ciclo de conferencias de Carlos Bousoño sobre poesía española. Mi profesor de literatura entonces, Javier Carro, me lo había presentado. Y Carlos, al saber que iría a estudiar a Madrid, me invitó a asistir a las clases que daba en un campus norteamericano. Los estudios en la facultad no eran especialmente interesantes; tenía un profesor bueno, Joaquín Arango, en demografía, claramente superior al resto. Eso bastaba. Y junto con las clases de Carlos tenía alimento suficiente. El curso de poesía consistía en leer y comentar a fondo unos pocos autores del siglo XX español: Juan Ramón, Antonio Machado, Lorca, Cernuda y, sobre todo y de manera particular,

Vicente Aleixandre. Hacía tiempo que sentía una atracción especial por la poesía de Aleixandre, por su lenguaje, por la manera de quebrarlo y rehacerlo, por el uso de las imágenes, por la prioridad y la fuerza de las imágenes, por su capacidad para abrirse camino en un mundo irracional que parecía, sin embargo, más natural.

La sociología no era una pasión, la literatura sí. La sociología, más en concreto la antropología, la manera en que diferentes mundos, trabajos, relaciones y lenguajes enlazan entre sí, es mi manera habitual de ver las cosas. Pensé que sería bueno ganarme la vida con eso, un ejercicio intelectual más o menos sostenido y sin muchas pretensiones de originalidad, un seguir y completar la corriente de investigaciones en curso. En la literatura, sin embargo se daban emociones explosivas. Era un juego, casi siempre, de «todo o nada», capaz de convocar lo mejor y lo peor de mí mismo: mi propia voluntad de poder, las ansias de conocimiento, la capacidad de seducción, el deseo de sentir la compañía de otros a quienes leía y admiraba, en su mayoría muertos. Pensaba que la literatura expresaba el espíritu de un tiempo, que leyéndola se podía intuir el futuro, que levantar la nariz y aspirar sus notas era como hago ahora al salir de casa y siento el olor a pan de leña en el pueblo. Nos devolvía un sabor intemporal y concreto, fácilmente accesible. Y parte de mi trabajo, no sé si como sociólogo o como poeta, era interesarme por la poesía reciente. Carlos Bousoño sostenía que había cierta idea de progreso en los sucesivos movimientos estéticos, que unos rompían contra otros profundizando en algo que llamaba «individualidad». Entendí que si yo quería seguir esas olas, dejarme llevar por ellas, debía ponerme al día. Hablando con Carlos, me sugirió que leyera a Jaime Gil de Biedma. Ahora sé que se trataba de un gesto especialmente honesto por su parte, dado que se habían enfrentado en varias ocasiones. Como maestro, Carlos me

propuso que leyera a Jaime, antes que a Francisco Brines, que era un buen amigo suyo, o su propia obra. No sé si los tiempos han cambiado. No he vuelto a ver un gesto parecido de honestidad intelectual.

Le pregunté a Carlos por Luis Antonio de Villena, había leído un suyo libro reciente, *Hymnica,* por sugerencia de Javier Carro. No sé si le gustó que lo mencionase, pero me dio su teléfono. Llamé a Luis Antonio desde el colegio mayor, le dije que era aprendiz de poeta. «Bueno, eso lo somos todos», respondió humildemente. Y quedamos para una primera cita en el Café Gijón. Se mostró amable, leyó algunos de mis poemas, hizo sugerencias: que dejara los caligramas, la poesía visual y los juegos más cercanos a las vanguardias, que firmara siempre como Luis Cremades y no incluyera el segundo nombre –José– detrás de Luis ni el segundo apellido. Y que profundizara en una poesía a ser posible más clara. Quedamos en vernos de nuevo.

Al llamarle para una segunda cita, me propuso cenar con un amigo suyo de Alicante, Vicente Molina Foix. Había leído algo suyo en la antología *Joven poesía española* de Rosa María Pereda y Concepción G. Moral. Me parecía distante como poeta, aunque imaginativo, más técnico que vital, más virtuoso que emocional. Acepté encantado.

Como puede observarse por lo dicho, en 1981, con dieciocho años, yo vivía en los campos de Babia; o en un punto indeterminado del horizonte, desde luego sin mucho contacto con la realidad. No se me ocurrió pensar que habría más cita que una conversación. Creí –y no dejo de creer aún con la fe de un niño– que a los artistas les gustan los artistas, que conversar, conocerse y compartir les enriquece mutuamente. Es posible. También es cierto que en la tribu hay clases y que los recién llegados deben pagar el tributo de la iniciación: no enterarse, no ser preguntados. Aquella cita

era una «cita» sin que yo lo supiera. Es decir, se trataba de ver si yo le gustaba a otro y «pasar» el contacto. Como no lo sabía y me dejé llevar, fui el tonto –por no decir el objeto o la mercancía– que a veces puedo ser.

Vicente me cayó bien, era divertido, informado, en busca de un criterio estético más allá de las apariencias. Sabía hacer de cada situación un juego amable. Era capaz de quitarle importancia a los gestos cotidianos, reduciendo así un cierto regusto amargo que dejan, al menos en mí, las obligaciones del «estar en sociedad». Un juego que era un «como si», una actuación que ponía énfasis en hacer de la conversación un teatro amable, una comedia blanca; como indicando al mismo tiempo, apuntando o dejando espacio, a una realidad de otro orden. Había en él un cierto espíritu de Mary Poppins trasvasado a las dificultades de las convenciones sociales, un «saber estar» menos forzado y más amable que el de Luis Antonio. O quizá era una muestra de interés por mí –no sólo como escritor– que en aquel momento se me escapaba.

En aquellos días la homosexualidad para mí, como el arte, era más un espíritu que una práctica. Deseaba concretarlo, pero después de tantos sueños ni se me ocurría cómo podría hacerse real. No me llevaba bien con mi cuerpo, no me consideraba guapo, al contrario. Había pasado la adolescencia en casa –un niño con fiebres reumáticas– sin hacer deporte; había sido el raro en clase, respetado por una inteligencia ajena a la lógica, una intuición entre poética y profética, pero dado por inútil para cualquier tipo de complicidad amistosa. Se podía trabajar conmigo, y era eficaz, pero no se podía hablar conmigo. Y menos tener una amistad espontánea o natural. Tal vez pareciera arrogante, o sonaba así. A veces creo que no hablaba, sólo citaba. O hablaba como si citara textos de otros escogiendo de preferencia las palabras más raras, por sorprendentes. Era, en el

mejor de los casos, un chico «brillante». Y ese brillo era mi peor enemigo, un brillo que no dejaba ver mi propia parte en sombra, como un interrogante. Yo quería saber si ese chico brillante tenía talento y cómo se hacía para cultivarlo. Esa respuesta nunca ha llegado, al menos no desde afuera.

En la segunda cita pasé la noche en casa de Vicente. Fue de nuevo un juego, y un accidente. O una parte de juego y otra de accidente. Supongo que esas cosas pasan y está bien; son una manera de tropezar y crecer para alguien abstraído y metido en su propio mundo, no sé si incapaz para la empatía o el contacto con el otro, sin duda sumergido en sus propias profundidades, donde no hay palabras y uno simplemente está a solas; donde siente el rumor de los sueños que todavía no han llegado, el lugar de donde surgen imágenes en apariencia involuntarias. Yo vivía soñando despierto, dejaba que imágenes irracionales fueran impregnando el mundo real. Y al revés también. ¿Cómo lograba sobrevivir en ese estado: despertar por las mañanas, preparar un café...? Una segunda cuestión que sigue anclada en el misterio.

2. Vicente

Pensar que hubo un tiempo en el siglo XX en que el profesorado intimaba con el alumnado sin riesgo de perder la honra y el puesto. Yo nunca me encapriché de mis profesores, y tampoco tuve intercambio amoroso en los ocho años ingleses dando clases en distintos centros; en Oxford fui objeto de una fijación malsana que me resultaba imposible corresponder, y la cosa acabó años después en tragicomedia delante del felpudo de mi piso madrileño.

No hay situación naturalmente más erótica, por mucho que las normativas del actual integrismo de los biempensantes la persigan y la degraden, que la de maestro y alumno, sean ambos estamentos del género humano que sean. Enamorarse de un padre jesuita en el colegio de la Inmaculada de Alicante no estuvo entre mis prioridades, que eran por entonces intensamente piadosas, un punto literarias y sin sexualidad de ninguna denominación específica. Había sin embargo en el cuerpo de profesores curas novicios, aún sin cantar misa, dotados del encanto de lo incompleto y seguidores del Vaticano Segundo. Fui sin saberlo, en quinto de bachillerato, sujeto pasivo de un futuro teólogo de la liberación, quien, en unos ejercicios espirituales en el colegio de San José de Valencia, trató de incitarnos a unos cuantos colegiales a la

rebeldía clerical; al oírle, yo, un santurrón en agraz, me daba, amedrentado, golpes de pecho en la capilla y me apretaba aún más el cilicio en el muslo.

Tampoco la facultad de Letras de la Complutense se reveló un terreno propicio a esa *paideia* que los maestros griegos infundieron en cuerpo y alma a los jóvenes. Pude haber sacrificado palomas a Venus y, con suerte, formado parte de las comuniones paganas que se decía que Agustín García Calvo organizaba en su domicilio con los más listos de su clase de latín, pero antes del curso en que me habría tocado de profesor, García Calvo fue expulsado de la universidad junto a otros catedráticos contestatarios.

Por instinto o por alguna carencia insondable he sentido siempre el anhelo de establecer esas ataduras discipulares fuera de las aulas, donde he sido más afortunado. Lo mejor de mi vida han sido mis maestros no docentes, de los que sólo uno, el primero, pocos años mayor que yo, lo fue según el molde amatorio del erasta y el erómeno. Una de mis desilusiones más amargas, sobrepasados los cuarenta, fue darme cuenta de que la dulzura de la vida filial, la condición eterna de estudiante, la profesión de discípulo, para mí ideales mientras haya alguien dispuesto a ejercitarlas desde su altura superior, ya estaban desfasadas, y brotaban de modo espontáneo a mi alrededor los pigmaliones.

No fue por tanto la tentación de pigmalionismo lo que siguió acercándome a Luis. Aunque estaba, en aquella primavera de 1981, en sus *salad days,* él me parecía, al igual que la propia Cleopatra de Shakespeare que dice la expresión para disculpar su inmadurez de juicio, una persona de suma inteligencia, un chico formado, frase muy jesuítica que yo oí referida a mí y Luis tal vez oyó de su correspondiente padre espiritual. Llevábamos quince días *saliendo juntos* y también entrando –un par de veces por semana– en la cama, y a su alicantinismo natal se iban añadiendo otros rasgos de

proximidad: él había estudiado en las mismas aulas que yo, hecho gimnasia mal en las mismas canchas, orado ante la misma Purísima gigante de la capilla colegial, e incluso descubrimos que, pese a los quince años de diferencia, habíamos tenido un padre común, el padre Puig, dando literatura, aunque muchos de sus alumnos estaban convencidos de que a él lo que le habría gustado era dar lengua.

Formado y muy seguro de sí mismo, pese a tener diecinueve años y tres semanas.

No era, insisto, la enseñanza lo que me ligaba a él. Ni la lujuria, que en nosotros se manifestaba, sin ser castos, de un modo moderadamente animal. En Luis veía por vez primera un modelo que no había encontrado antes en mis predominantes historias homosexuales. El recepcionista del salón de Mayfair, y antes que él el candoroso muchacho de barrio madrileño que llegaría a ser artista en comandita, buscaban en el hombre joven mayor que ellos un padre-amante autoritario frente al que nada oponían salvo su pasión. María, que apareció entre medias, queriendo un amor sin límites no quería someterse a una dominación. Luis tampoco.

Luis se dejaba hacer, pero mandaba en mí, desde muy pronto. ¿Sin saberlo? Como es natural, le gustaba ir de aprendiz, pues siendo los dos de letras y habiendo yo para entonces publicado ya tres novelas y alguna otra cosa, tenía más lecturas que él, mejor inglés que el suyo, y el poso de más de quince años de buenos profesores no académicos: Pedro Gimferrer, Félix de Azúa, Ramón-Terenci Moix, Ramón Gómez Redondo y su amigo y paisano Antonio Martínez Sarrión, a los que fueron añadiéndose, mientras yo crecía en saberes delegados, Calvert Casey (tan breve y fulgurante maestro-amigo), Juan Benet, Luis de Pablo, Guillermo Cabrera Infante y su no menos sabia *partner* Miriam Gómez...

Luis era un oyente. Yo le habría matriculado con gusto

en mi academia, pero él prefería seguir la enseñanza libre o, como mucho, mediopensionista.

Intercambiábamos sabiduría por curiosidad, ciencia por perspicacia, y yo, sin darme cuenta al principio, me hacía dependiente de él, de su mirada aguda, lista y sensata, que me devolvía reflejos míos desconocidos. Era muy grato leer sus versos y aconsejarle o corregírselos, pero más estimulante era ver a los pocos días el resultado de esas insinuaciones transformado en una poesía honda y misteriosa. ¿Me guiaría él, como un Rimbaud indómito, en los hallazgos, ahora que yo mismo, acabado el periodo inglés más prosaico, volvía a escribir poesía?

Luis admiraba más que yo a Cernuda, pero le conté una noche, antes de apagar la luz del dormitorio, un cuento cruel y romántico, con ánimo de ofuscarle, como hacen los adultos con los niños díscolos que han de conciliar el sueño. El cuento era verdad. Durante la mayor parte de mi estancia inglesa tuve un pequeño piso en Camden Town que pude mantener incluso estando en Oxford, pues su dueño, Alastair Hamilton, traductor al inglés y amigo de Gombrowicz, me lo dejaba a un precio simbólico a condición, para mí nada engorrosa, de poder usarlo él, entonces residente en Italia con su mujer italiana, cuando volvía a Londres para la Navidad y el verano.

A poca distancia del pequeño *flat* de Alastair estaba la casa donde esa «rara pareja» formada por Paul Verlaine y Arthur Rimbaud «Vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron / Durante algunas breves semanas tormentosas», según el punzante poema de Cernuda «Birds in the Night». La descubrí por azar volviendo a pie un día –debió de ser a finales del año 1973– desde el North London Polytechnic, donde entonces daba clases de literatura. En la fachada del número 8 de Royal College Street, un modesto y feo edificio de cuatro plantas situado frente a unas vías de tren, me llamó

la atención una simple lápida de piedra: «The French Poets Paul Verlaine and Arthur Rimbaud Lived Here May-July 1873». Ese descubrimiento me hizo buscar otras pistas, y en la biografía de Enid Starkie encontré algunas: la llegada de la pareja a Dover, y desde allí a Londres, donde una leyenda sostiene que conocieron a Dante Gabriel Rossetti y a Swinburne, aunque no queden testimonios de ese encuentro. Como cualquier europeo del sur, la pareja luchó con la endiablada lengua inglesa, que trataban de aprender por la vía rápida, sobre todo Rimbaud, frecuentador de los muelles londinenses; una noche consiguió arrastrar a Verlaine, que quedó horrorizado: «¡Increíble! ¡Tiro y Cartago reunidas!»

Del turbulento anecdotario de Rimbaud y Verlaine por mi barrio cien años antes me quedó en la memoria lo ocurrido cierta mañana de julio de 1873, al estallar entre ambos poetas la última de sus broncas londinenses, en este caso a propósito de un pescado que Verlaine había comprado en el Camden Market, mi mercado local, para hacerlo al horno, y con el que terminó azotando el rostro de Rimbaud. Verlaine se escapó a Bruselas, su jovencísimo amante le siguió, continuaron allí las peleas, hasta el día en que Verlaine, borracho perdido, le disparó a Rimbaud, siendo detenido y encarcelado.

No cruzaba por mi cabeza en el mes de mayo de 1981 la idea de ser yo el Verlaine de un Rimbaud de primero de sociología y casi abstemio, y ni siquiera el autor de *Romances sans paroles* me gustaba entonces como poeta; hoy mucho más. Me atraía y me asustaba la dependencia que el escritor mayor, mi predecesor francés, tuvo del joven de diecinueve años, aun estando casi seguro de que yo no le dispararía a Luis un pistoletazo tras una trifulca, y menos aún estaría dispuesto a cocinarle amorosamente un besugo.